

EL ENSAYO LATINOAMERICANO Y NUESTRAS IDENTIDADES CULTURALES¹

*María Salvadora Ortíz O.**

Me propongo compartir con ustedes algunas reflexiones acerca de cómo se manifiesta, en diferentes textos literarios, la diversidad cultural como elemento conformador de nuestras identidades latinoamericanas.

No podemos concebir el proceso de construcción de las identidades fuera de la relación existente entre un "yo" y los "otros". Es esta relación la que nos pone frente a la dimensión social e histórica de la identidad, inserta en una concepción dinámica de cultura.

Se trata aquí de una idea de cultura que no se restringe al ámbito de las producciones humanas, desligadas de las relaciones histórico-sociales. La cultura no puede entenderse simplemente como un conjunto de hechos o resultados materiales, sino como proceso general, permanente, es decir, como un todo en continuo desarrollo.

No se le puede negar su doble condición de parte y conjunto, de ser simultáneamente productor y producto, determinante y a la vez determinado, tal como la ha afirmado el profesor Oscar Fonseca.

La cultura nos da a conocer y nos hace comprender lo diverso y dinámico de las manifestaciones del ser humano. Estas manifestaciones, estas acciones realizadas por los miembros de una sociedad constituyen la producción social que se transmite de una generación a otra, de una sociedad a otra, para conformar así una herencia y una identidad.

En América Latina y El Caribe, la herencia cultural parte de las relaciones primigenias entre las culturas indígenas, europeas y africanas, marcas esenciales de nuestra identidad llamada mestiza, denominada de mil maneras: dependiente, real maravillosa, barroca, entre ellas.

1 Participación en la Cátedra Eugenio Fonseca Tortós, 1992.

* Profesora de la Escuela de Filología, Universidad de Costa Rica.

Al ser latinoamericano se le denomina, inicialmente, a partir de voces ajenas, como son las de Colón, Cortés, Las Casas, Oviedo y otros. Es la mirada europea la que, en un primer momento, viene a legitimar un particular proceso de conformación de la identidad latinoamericana, lo que plantea un problema alrededor del cual se ha discutido y reflexionado en esta cátedra.

Creo pertinente que, como docentes e investigadores, nos planteemos dos puntos de partida esenciales: el primero es la comprensión de la cultura como totalidad y la identidad cultural como conciencia. Y el otro consiste en entender que en la conformación de las identidades existe una estrecha e insoslayable relación entre dinámica histórica y herencia cultural.

Desde hace casi dos siglos, la conciencia de ser latinoamericano se traduce en búsqueda constante y afanosa de identidad. Esa búsqueda no termina aún, y tal vez resulta hoy más pertinente que nunca a la luz del proceso de globalización, a la luz de 'esa amenaza de inmersión cultural a la que nos enfrentamos y nos compromete a reflexionar con más perseverancia sobre la identidad de nuestros pueblos.

En 1992 se cumplen 500 años del primer "encubrimiento" de la región que José Martí describe en Nuestra América, ese ensayo que "descubre" al mostrar una serie de superposiciones culturales bajo las cuales la identidad de estos pueblos nuestros iba quedando cada vez más oculta.

José Martí ha sido calificado como el más universal de los cubanos. Esa calificación adquiere sentido al ser puesta en relación con aquella idea, presente en la década de los setentas en América Latina, según la cual solo seríamos universales en la medida en que fuéramos auténticos. Auténticos con una autenticidad que Cintio Vitier ha llamado "eticidad martiana".

Martí plantea, ya en el siglo XIX, los problemas fundamentales del siglo XX, desde la búsqueda de formas originales de desarrollo con justicia social, hasta la construcción de

democracias viables, efectivamente capaces de sustentar la soberanía nacional. Esos problemas no solo siguen vigente en lo esencial, en medio de la crisis general del mundo de las naciones, en este tránsito incierto al mundo de las regiones. Hoy, finalmente, como lo afirma su compatriota Alejo Carpentier:

... el prometeico espíritu de José Martí se orienta, con seguro criterio, hacia lo grande y perdurable, hacia lo que asciende y trasciende, siendo muy raro que se deje arrastrar por corrientes momentáneas"...

Y agrega más adelante:

"nuevo era, en efecto, el mundo americano para el cual moriría Martí de cara al sol, después de haber señalado, con sus ideas, con sus palabras, con su acción, los futuros caminos de su patria. Su canto había sido -como lo hubiese querido Rimbaud- un canto que asciende hacia el alba."

Y recordemos que, en una invocación a un simbólico correr que también era Pegaso, exclamó Martí:

...Y el sol del alba en que la tierra rompe Echa arrogante por el orbe nuevo!

Para Martí, el orbe nuevo está en el futuro, un futuro que, tomando en cuenta que pronto hará cien años de la muerte del Apóstol, tarda demasiado en llegar. En las actuales circunstancias del mundo, debemos hacer todo lo posible por acelerar su advenimiento.

El Caribe y América Latina son llamados por José Martí "islas dolorosas del mar". Nicolás Guillén y René Depestre, en la poesía y en el ensayo respectivamente, destacan la mezcla de culturas que nos convierte en un tachonado lienzo en el que se sintetiza una totalidad planetario:

"Yoruba soy, soy lucumi,
mandinga, congo, carabalí
.....
Estamos juntos desde muy lejos,

jóvenes y viejos, negro y blancos todos mezclados;
uno mandando y otro mandado
todo mezclado.
(Nicolás Guillén)

Dice Depestre que "sería un grave error (igualmente en cuanto se refiere a los otros países que participan de una doble herencia cultural) considerar separadamente, aisladamente, la "cultura africana" o la "cultura francesa" o también la "cultura india".

Otros estudios culturales sobre el Caribe hacen constante referencia a las influencias española, francesa, inglesa y holandesa, contrapuntos europeos, de la influencia africana. Sin embargo, no hacen notar con la frecuencia deseable que las regiones africanas son al menos tan variadas como las de Europa, y que esa variedad es mal interpretada mediante términos indefinidos e incorrectos, como "tribu" y "tribal", pues hablar del Caribe español, francés, inglés, u holandés se recurre a una noción proveniente de aquella mentalidad colonial que desconoce por igual las identidades de las "tribus" bretona, lucumí, gallega, mandinga, galesa, frisona, yoruba, siciliana, bantú, cashuba, zulú, o valona.

Quisiera volver sobre el pensamiento mariano por dos razones. Primero porque es escritor y figura sobresaliente de la cultura latinoamericana y muy específicamente caribeña, y segundo por su búsqueda constante de las raíces de SU América y la dimensión universal de esa América. Y es que en el Caribe, como lo podemos ver en cada uno de nuestros países, hay una enorme riqueza expresiva, atesorada gracias al entrecruzamiento cultural que se dio cita, en un impresionante "maelstrom" histórico, en esta región del mundo.

Como el de cualquier otra, el proceso de formación de la cultura latinoamericana no ha concluido, lo que pone a los estudiosos de la literatura y de otras disciplinas frente a la responsabilidad de participar, al mismo tiempo, en la valoración y la revitalización de nuestro patrimonio cultural. Es una ardua responsabilidad abierta a todos los impulsos de la creatividad, de la curiosidad y de la conciencia social. Por otra parte, América Latina no

puede mantenerse como un espacio cerrado en sí mismo, ya que la cultura de nuestro Continente ha de buscar su integración constructiva y enriquecedora a la cultura universal. Como lo afirmó *Martí*, al proclamar que el mundo debe injertarse en nuestras repúblicas, pero que el tronco habrá de ser de ellas.

La literatura ha expresado esta diversidad, esa compleja red de interacciones que constituye nuestras realidades. Tomemos como ejemplos relevantes a *Calibán y Próspero*.

Vuelvo ahora sobre el concepto de cultura para recordar cómo lo entendía el escritor cubano Alejo Carpentier:

"Yo diría que cultura es el acopio de conocimientos que permite a un hombre establecer relaciones, por encima del tiempo y del espacio, entre dos realidades semejantes análogas, explicando una en función de sus similitudes con otra que puede haberse producido muchos siglos atrás".

Esta heterogeneidad cultural llamada América Latina es la que las culturas europea y norteamericana no han querido reconocer ni explicarse, en tanto "otra" cultura, como interlocutor, como participante dialógico en el examen de tales semejanzas y analogías.

Desde el "descubrimiento" mismo, en su diario de viaje, Cristóbal Colón marcó a la naciente cultura como lo bárbaro, como el interlocutor imposible. Como a Calibán, a los indígenas no se les reconoció como parte en el diálogo:

"Yo vide algunos que tenían señales de heridas en su cuerpo, y les hice señas qué era aquello y ellos me mostraron cómo allí venían gente de otras islas que estaban cerca y les quería tomar y se defendían. Y yo creí y creo que aquí vienen de tierra firme a tomarlos por captivos. Ellos deben ser buenos servidores ... y creo que muy ligeramente se harían cristianos; que me pareció que ninguna secta tenían. Yo, placiendo a Nuestro Señor, llevaré de aquí al tiempo de mi partida seis a V.A., para aprendan hablar...".

El encubrimiento de América también da origen a otros textos como *De los caníbales*, del ensayista francés Montaigne, el drama de William Shakespeare *La tempestad*, y *Continuación de la Tempestad*, de Ernest Renán. Este tema de la conquista conserva su vigencia en el discurso narrativo actual, como es el caso, en la narrativa corta ,

de Fernando Durán Ayanegui:

¿Y cuál será mi misión? -preguntó el misionero novicio al Superior de la Orden.
-Su misión será la sumisión de los aborígenes - respondió éste
(Opus 13 para cimarrona).

La tempestad ha sido inagotable fuente de símbolos para los latinoamericanos frente a su problemática social, política y económica. En 1900, el ensayista uruguayo José Enrique Rodó escribe su *Ariel*, obra en la que Próspero, el maestro, imagen tras la que se oculta Rodó, habla a un grupo de jóvenes, representantes de la juventud latinoamericana, a la cual dedica su libro, profiriéndole lo que debe hacer por sí misma y por la sociedad del continente. Rodó se dirige a una juventud ideal, a la élite y deja de lado *los grupos* marginales de nuestros pueblos. No intenta hacer un estudio sociológico, pues su propósito es contribuir a formar un ideal en la clase dirigente.

Un inherente contenido antimperialista aseguró a los símbolos e imágenes de Rodó una prolongada popularidad. Toda una época en la vida intelectual de la América Latina transcurrió bajo el símbolo de Ariel. Después de la Segunda Guerra Mundial cambió el símbolo fundamental, se adaptó el enfoque. escritores y sociólogos retomaron el signo de Calibán para presentarlo ahora como el símbolo del Tercer Mundo oprimido, que se sacudía de los colonizadores, como ocurre en *La tempestad* de Shakespeare. Es así cómo, en 1969, el martiniqués Aymé Césaire publica una *Tempestad*, adaptación de la obra de Shakespeare,- para un teatro negro. En Barbados aparece el poema Calibán, en el *libro Iseas* del escritor Edwards Brath White, y el cubano Roberto Fernández Retamar lo retorna en su ensayo *Cuba hasta Fidel*. Esta idea se encuentra expuesta con mayor coherencia en el texto de Fernández Retamar, Calibán, publicado en 1971, en el que, por medio del personaje de Shakespeare, crea una especie de fórmula metafórica de la historia y la cultura

de la América Latina, fórmula a la que denomina "la cultura de Calibán".

Este nuevo contenido semántica de; símbolo origina variadas discusiones alrededor del argumento de que ya había tenido lugar una revaloración, una relectura radical del personaje shakespeariano: si antes el símbolo de la América Latina era Ariel, ahora lo era la expresiva figura de Calibán, salvaje y deforme. Próspero, portador del ideal, contrapuesto a Calibán, resultó ser, en la nueva interpretación, el símbolo del Occidente, opresor de América Latina. Es importante aclarar que no se trata de que Fernández Retamar niegue esa dimensión salvaje de Calibán, sino que la toma como símbolo del hombre latinoamericano, lo que nos sitúa ante el problema de la conquista de América: la relación entre el colonizado y el colonizador.

A manera de conclusión quiero recordar que la actividad intelectual, y en particular la literaria, tiene la virtud, sobre otras actividades humanas, de establecer un espacio de encuentro que trasciende las distancias, que nos permite reconocer, dentro de cualquier grado de diversidad, los rasgos de un conjunto compartido de problemas. Diversidad expresada en "multiplicidad de lenguajes, de espacios y de tiempos. Confrontación de identidades en un espacio simbólico que va configurando elementos y sentimientos de pertenencia, de cohesión pero al mismo tiempo de diferenciación. Esta observación podría tener relevancia en relación con las contradicciones que algunos creen ver entre la globalización y el reconocimiento de que la diversidad cultural y la multiplicidad de identidades enriquecen a la humanidad. Contradicciones que, a mi juicio, son falsas: hasta el "todo" más monolítico presenta, a la postre, las virtudes de la diversidad.